

Cincuentenario

de la

Compañía

de Jesús

en

Venezuela

El día 9 de octubre celebra la Compañía de Jesús el cincuentenario de la Restauración de su vida apostólica en Venezuela.

Hay que buscar el germen de la vida pujante de la Compañía de Jesús en su actuación contemporánea, en la siembra heroica de sus hermanos de la época colonial, malograda —apenas en floración— por el aciago Decreto de Extrañamiento de Carlos III en 1767.

Una diferencia singular advertimos a primera vista entre ambos períodos históricos de la actividad de la Compañía de Jesús en Venezuela: una diferencia en la rapidez de su expansión; en la amplitud del apostolado; y en la profundidad de su acción espiritual. Corresponde lógicamente a las características de dos períodos de la historia patria: la vida sosegada y lenta de nuestro ambiente colonial, frente al ritmo acelerado de nuestro desarrollo cultural y económico en nuestro medio siglo contemporáneo. Los jesuitas de la era colonial, a fuerza de hercúleo empeño, apenas lograron consolidar seis reducciones de indios en tierras venezolanas en el Alto Orinoco; un colegio en Mérida, de influjo y resonancia sólo regional, y dos iniciados colegios en Caracas y Maracaibo.

Bien merecen, sin embargo, un recuerdo de admiración algunas extraordinarias individualidades de aquella epopeya. Entre ellos los PP. Ellauri y Monteverde, pioneros de la labor misional; el P. José Gumilla, autor de **El Orinoco Ilustrado** y el sembrador de la **primera mata de café en Venezuela** el año 1732; el P. Manuel Román, descubridor del Brazo de Casiquiare; el sabio P. Felipe Salvador Gilii, autor del **Saggio de Storia Americana**.

La siembra se recomenzó, siglo y medio más tarde, en un día nueve de octubre de 1916. Llegaba ese día a La Guaira un jesuita de actitud altiva de guerrillero carlista: el P. Miguel Montoya. Agresivo, como su Arcángel Protector, audaz, de palabra fulminante y voz estentórea. El día veinte de octubre llegó de Panamá el Hno. José Usabiaga. El día veintiséis entró en el Seminario Mayor de Caracas —vestido de paltó levita para engañar el recelo secular de nuestro liberalismo ochicentesco a los jesuitas— el inefable **viejo** P. Evaristo Ipiñazar.

La primera labor, y la más trascendental, que realizaron los hijos de San Ignacio en Venezuela fue la formación de los sacerdotes; primero, en el Seminario Mayor, y desde el año 1927, en el Seminario Interdiocesano de Caracas. Hasta que hubieron de abandonar sus aulas para encargarse, por imposición de la jerarquía, de una empresa de mayor envergadura: la Universidad Católica Andrés Bello. Los que trabajamos en la casona de la Sabana del Blanco no podremos olvidar la primera hornada de profesores jesuitas, insignes en sabiduría y virtud, que formaron una generación de ejemplares sacerdotes venezolanos, entre ellos los que forman mayoría en el actual Episcopado venezolano.

Pronto comenzaron las residencias de San Felipe, en Maracaibo; y la de San Francisco, en Caracas.

La segunda gran empresa fue el Colegio San Ignacio, ubicada precisamente en su primera morada, en la esquina de Jesuitas, recuerdo del colegio colonial de la Compañía de Jesús. Allí laboraron el P. Zumalabe, el P. Gastaminza; y en sus aulas derramó durante 44 años la miel de su inmenso amor y cariño a sus alumnos el Hno. Pepito Marquiegui.

Siguiendo el camino del Occidente, surge el Internado San José de Mérida, donde trabajaron silenciosamente los inolvidables PP. Peciña y Rezola; donde el genio del P. José M. Vélaz logró transformar la tragedia infantil de Monte Carmelo en serena resignación y lo inmortalizó en un monumento

donde supo plasmar aunadas la belleza del panorama andino y la sabiduría del arte más exquisito: San Javier del Valle Grande. ¡Lástima del infausto suceso que nos obligó a abandonar el más bello de nuestros colegios!

El destino de fundador ha llevado al P. Joaristi a presidir el nacimiento de dos nuevos colegios: el Gonzaga, de Maracaibo, y el Javier, de Barquisimeto.

Después de formar una generación de seminaristas en el Seminario Diocesano de Coro, fue encargada la Compañía de Jesús de la cura de almas de la Península de Paraguaná: cuando era pobre y no la había transformado en emporio el milagro del oro negro. En sus arenales perdió su salud en un apostolado incontrolable el atleta P. Gastaminza, que vino a quebrarse —en plena madurez— en el Seminario Interdiocesano de Caracas.

Más recientemente: el Instituto Pignatelli de Los Teques, donde funcionan, además del noviciado, la casa de estudios de los jóvenes jesuitas y un nuevo centro de ejercicios espirituales; la Universidad Católica Andrés Bello, que cuenta, a los 10 años, 3.500 alumnos y está a punto de trasladarse a la nueva ciudad universitaria de La Vega; la parroquia de Jesús Obrero, en Los Flores de Catia, que sostiene una escuela profesional, un bachillerato popular y una escuela numerosa de alumnos, de primera enseñanza con su comedor escolar.

Por fin, para el olvidado Oriente, se abrieron preocupaciones más justicieras. Acaban de instalarse los jesuitas en dos parroquias-residencias en Cumaná y Maturín; y dos centros educacionales en Santo Tomé de Guayana.

A los 50 años de acción la Compañía de Jesús cuenta en Venezuela con las siguientes instituciones: una Universidad; un Noviciado; cinco institutos de enseñanza secundaria; tres escuelas populares, sin contar la obra fabulosa de Fe y Alegría; un instituto profesional; cuatro residencias; cuatro casas de ejercicios espirituales, y cinco parroquias.

Fuera y al margen de sus instituciones oficiales, los jesuitas han merecido bien de la Iglesia por su colaboración desinteresada en las obras de carácter nacional, a las órdenes de la Jerarquía: en las diversas ramas de la Acción Católica; la asesoría de la Legión de María y el Movimiento Familiar Cristiano; en la acción benéfico-social; en la educación católica; en la acción social y en la Secretaría de la Defensa de la Fe.

En el orden benéfico-social no podemos menos de mencionar la amplitud que bajo la asesoría del Padre Víctor Iriarte han alcanzado las instituciones variadísimas de las Conferencias de San Vicente de Paúl, de ambas ramas; y el Hogar de la Virgen de los Dolores, dirigido amorosamente por el Padre Barrena, para niños desamparados.

En el orden educacional: la asesoría del Movimiento Universitario Católico; la Parroquia Universitaria y el Instituto Juan XXIII; la dirección de la Asociación Venezolana de Enseñanza Católica, AVEC, y la asesoría de FAPREC; la fundación de APROFEC, institución estratégica para la protección vocacional a la carrera de educación en el Instituto Pedagógico; y la ciclópea empresa de FE Y ALEGRIA, nacida como efusión apostólica de los congregantes marianos de la U.C.A.B. y actualmente desarrollada prodigiosamente en carácter nacional. Acoge actualmente a 30.000 niños de las clases necesitadas. Su resonancia ha traspasado las fronteras de la patria hasta Panamá, Ecuador, Perú y Bolivia.

En el orden social: los Círculos de Estudio en el Seminario Interdiocesano de Caracas y en grupos selectos de universitarios desde el primer período post-gomecista; la fundación del Círculo Obrero de Caracas; la consolidación de la Confederación Nacional de Sindicatos Autónomos (CODESA); el Centro Cooperativo de Barquisimeto; los Cursillos de Capacitación Social, primero para líderes obreros y después para universitarios. Alcanzan actualmente a los 5.000 los estudiantes cursillistas venezolanos, obra también nacional de exportación hasta Santo Domingo, Puerto Rico, las seis naciones de Centro-América, Colombia, Ecuador y Uruguay.

Para terminar, ¡por qué no mencionar a nuestra revista SIC entre las obras de carácter nacional! En sus 28 años de vida ha librado gloriosas batallas en pro de la orientación católica de sacerdotes, profesionales y dirigentes obreros.

La siembra fue fértil y la cosecha de 50 años fue abundosa para mayor gloria de Dios.

M. A. E.